

Santiago, 5 de enero de 2005.

Estimado (a) camarada y amigo (a):

No tengo otro título para escribirte que mis más de 50 años de militancia en la Democracia Cristiana, y mi sincero temor de que en los próximos días se pudieran tomar por organismos directivos de nuestro Partido determinaciones que violentan lo que creo constituye el sentir de la enorme mayoría del pueblo demócrata cristiano. Esa masa de hombres y mujeres que, sin pedir jamás nada para sí, han constituido históricamente el alma y el sustento electoral de nuestro partido.

Deseo ser bien claro y directo en lo que quiero expresar. Recuerdo que en los primeros años de vuelta ya la Democracia, me sorprendió muy gratamente escuchar en la Cámara de Diputados a una camarada nuestra, Soledad Alvear, que como Ministra de diversos gobiernos de la Concertación defendía en forma seria, documentada y profunda los planteamientos de una Democracia que surgía desde el dolor. Recuerdo que sus intervenciones provocaban el respeto y la admiración de los más diversos sectores, y todos los demócrata cristianos nos sentíamos orgullosos de ella. Desde aquellos días tuve la sensación, que compartí con otros parlamentarios, de que nuestra camarada llegaría a ser Presidente de la República. Más aún, la primera mujer que ocuparía la más alta magistratura de la Nación, lo que constituiría un legítimo orgullo para los militantes de un Partido que siempre encontró en la mujer su más importante sustento moral y electoral.

Reconozco que no dejó de sorprenderme gratamente cuando tiempo después percibí que un creciente sector de la opinión pública chilena visualizaba en la misma forma a Soledad Alvear. Y, así, no fue extraño que en todas las encuestas ella empezara a figurar como una de las políticas “mejor calificada”, como una de los cinco políticos “con más futuro”,

como el único demócrata cristiano que le hacía el peso electoral a Joaquín Lavín y, por último, como el “único demócrata cristiano que derrotaba a Joaquín Lavín”.

Pues bien, en aquellos momentos en que una meritoria y querida camarada nuestra, recibía tan notable respaldo de la opinión pública, no pude dejar de percibir, con profundo dolor, que ella no recibía el apoyo que se merecía de parte de muchos demócrata cristianos. Más aún, sentí el deseo de alguno de ellos de disminuirla, de colocarle uno y otro escollo. Frente a esa dolorosa realidad reconozco que no pude dejar de recordar con nostalgia los primeros años de la Falange y de la Democracia Cristiana, hermosos tiempos en que cuando un camarada nuestro era distinguido y valorado por la opinión pública, en cualquier lugar en que él actuara, todos los demócrata cristianos sumábamos fuerzas detrás del “hermano” levantado por la gente, hombre o mujer, con real espíritu fraterno. ¡Esa es la Democracia Cristiana a la que yo entré, la única de la cual moralmente me siento parte!.

Es cierto que la falta de apoyo partidario a Soledad Alvear (que espero que la Junta Nacional revierta de inmediato, como una tardía rectificación ética) no ha impedido que nuestra camarada mantenga un importantísimo apoyo ciudadano. Así, una reciente encuesta CERC la señala con un 55% de apoyo entre “los 5 políticos con más futuro”, encuesta donde no figura ningún otro demócrata cristiano siendo el quinto de los nombrados el Ministro Insulza con un 10% de apoyo. Por otra parte, en todas las encuestas es la única demócrata cristiana que derrota a Joaquín Lavín.

Pues bien, si bien es cierto que sin el apoyo de su Partido, Soledad Alvear se mantiene, lejos, como nuestra mejor opción presidencial, existe una pregunta que éticamente debemos formularnos los demócrata cristianos: ¿cuál sería el apoyo actual a Soledad Alvear si todos los dirigentes de nuestro Partido hubieran reconocido el mandato moral que surge del apoyo

espontáneo de la gente?. Digamos las cosas como son: sin ningún apoyo institucional, Soledad Alvear tiene hoy en la calle 8 ó 10 veces más apoyo como candidato a la Presidencia que cualquier otro posible candidato demócrata cristiano. Por otra parte, esa misma opinión pública, es categórica para afirmar que uno de los principales obstáculos que ha tenido la candidatura Alvear proviene de su propio Partido (encuesta Feedback de diciembre de 2004).

Hay que señalar otro hecho. Junto con constituirse Soledad Alvear como una política excepcionalmente bien calificada y con una clara opción presidencial, se fue creando en Chile otra realidad socio- política que nadie puede desconocer. Concretamente, surgió el “sentir popular” de que era bueno para Chile que el próximo Presidente de la República fuera una mujer. Se vió en ellas a personas “menos politiqueras” y más cercanas a los dolores y problemas de la gente. Y fue así como surgió, también, la candidatura presidencial de Michelle Bachelet, la que recibió rápidamente el apoyo fraterno e inteligente de su sector. Lo cierto, es que estas dos candidaturas (las de las dos “mujeres”) hacen que hoy en la calle, especialmente en el sector de opinión pública que vota por la Concertación, existan en forma abrumadoramente mayoritaria sólo dos opciones: a) los que votan por Michelle Bachelet, y que si ésta no es candidata optan por Soledad Alvear; y b) los que prefieren a Soledad Alvear, y que si ésta no es la candidata votarían por Michelle Bachelet. Esta realidad electoral, ha sido captada nítidamente por la encuesta Feedback citada recientemente, publicada en el diario “La Tercera” del 2 de enero reciente, donde se dice: “al igual que en encuestas anteriores, se observa una clara transferencia entre la votación de las dos candidatas mujeres”. Se agrega: “siete de cada diez personas que mencionan a Bachelet como primera opción entregarían su respaldo a Soledad Alvear en el caso de que la ex - Ministra de Defensa en definitiva no se presente”. Esta tendencia se repite en el caso de personas que expresan su primera opción por Alvear.

En síntesis, Soledad Alvear es el único demócrata cristiano, o demócrata cristiana, que ha figurado permanentemente entre los cinco políticos mejor evaluados; es el único demócrata cristiano que figura entre los cinco dirigentes con más porvenir político; es el único demócrata cristiano que como candidato a la Presidencia de la República derrota a Joaquín Lavín; es lejos en proporción de 8 a 1, el candidato demócrata cristiano que cuenta con más apoyo ciudadano como candidato a la Presidencia de la República. Además, el 70% de la gente que apoya a Michelle Bachelet optaría por Soledad Alvear si ella (la Bachelet) no fuera la candidata, repartiéndose el otro 30% entre Lavín y entre otros políticos del sector PS-PPD o de la Democracia Cristiana. ¡Esos son los hechos!

Me pregunto: ¿qué pasa con nosotros los demócrata cristianos? ¿por qué hemos perjudicado tan gravemente a nuestra excelente candidata, tan bien evaluada por la opinión pública? ¿la seguiremos perjudicando (a ella y a nuestro Partido) después de la próxima Junta? ¿dónde está la repetida fraternidad demócrata cristiana, el respeto a la gente, la mínima racionalidad con que se debe actuar en política?

Pero parece, desgraciadamente, que todo lo ya hecho no basta. Y ahora vemos, con dolor que se pretende crear una nueva institucionalidad electoral con la cual, otra vez, se postergaría o desconocería la opción ya tomada por el pueblo demócrata cristiano. Voluntad soberana que nuestros dirigentes, debieran ser los primeros en reconocer y respetar.

En cuanto al problema del “programa” que hoy se plantea, pienso que tanto Alvear como las personas que la apoyamos son la mejor garantía tanto de lealtad para con los tres gobiernos de la Concertación como de la necesidad para el futuro de poner el acento en la solidaridad y en la disminución de la inaceptable brecha que sigue existiendo entre los que más tienen y los sectores medios y pobres.

Hago presente que esta carta se la estoy dirigiendo a un grupo de camaradas amigos y no corresponde a la expresión de ningún grupo. Tampoco la he consultado con nadie. Constituye ella una simple manifestación del dolor y desconcierto de un demócrata cristiano que ha ligado su vida a un Partido y que desearía morir dentro de él. Pienso que los países son dignos y grandes cuando respetan la soberanía del pueblo y, por ello, no acepté jamás la dictadura de Pinochet. Igualmente, los partidos políticos deben respetar siempre la voluntad de la gente que constituye su alma y sustento. Espero que así se haga. Y que, ojalá, usted contribuya a ello.

Lo saluda con afecto, su amigo y camarada,

Andrés Aylwin Azócar